

vituperios á quien de tal manera faltaba á los principios religiosos, á la honra nacional y á la confianza de depositario. Mauricio no retrocedió, y despues de llevar el artificio hasta donde pudo, apeló abiertamente á la fuerza para la consumacion de su proyecto. Levantó cerca de doce mil hombres y mientras el rey de romanos con sus bohemios y sus húngaros caía sobre una parte del electorado, él combatía por la otra las escasas tropas que habia dejado el elector, y se apoderaba del resto, á excepcion de algunas plazas fuertes que no pudo rendir. Semejante conducta hizo á Mauricio objeto de abominacion para todos los protestantes; y rebosando de ira y encono el elector de Sajonia por lo que á él mas especial y directamente tocaba, no pensó ya sino en apagar el fuego que estaba devorando su casa y en castigar la villanía, siquiera perjudicara á la causa comun desmembrando el ejército de la confederacion. No se atrevieron los coligados á negarle lo que para tan justa satisfaccion pedia, y en su virtud una gran parte del ejército marchó con el elector á Sajonia, quedó otra parte para defender la alta Alemania, y muchos capitanes y soldados, desalentados con esta desercion y previendo que iba á caer sobre ellos todo el peso de la guerra en la estacion cruda del invierno, determinaron regresar á sus provincias y se diseminaron.

De aquí las proposiciones de paz hechas al emperador, y las desdeñosas contestaciones de Carlos, como quien veía que brantada ya y como disuelta aquella arrogante liga que se habia presentado con infulas de acabar con su poder imperial y de expulsarle de Alemania. Continuó pues el emperador, como dijimos, apoderándose de las poblaciones. Entre ellas se le rindieron tres importantes ciudades imperiales, Nordlingen, Rottemberg y Halle, á cuyo ejemplo se sometió Ulm, una de las mas fuertes de Suabia, y que habia sido como el centro y cuartel general de los confederados, ó hizolo en tan humildes términos que el emperador con toda su severidad no pudo menos de admitirla á su gracia (1). Hasta de rodillas le pidió el duque de Wittemberg; y la famosa ciudad de Augsburgo se entregó bajo las condiciones que Carlos quisiera imponerle, cuidando antes de aplacarle con arrojar de su seno al valeroso y veterano Schertel, el primero que habia dado impulso al movimiento. Por este orden se le fué entregando á discrecion todo el círculo de Suabia, y hasta las ciudades que por su distancia parecían correr menos riesgo, como Strasburgo y Francfort, participaron del terror general, y no tuvieron valor para esperar á que el peligro fuese mas inmediato (2).

Así, al comenzar el año 1547, y á los seis meses de campaña, en que el emperador ejerció y desempeñó hábilmente el oficio de general y mostró toda la superioridad de su genio, acabó Carlos V con la soberbia y famosa liga de los protestantes de Smalkalde, siempre sosteniendo sin embargo, que aquella guerra no habia tenido un objeto religioso, ni de oprimir la libertad política ni la libertad de conciencia de los alemanes, sino únicamente hacer entrar en la obediencia á los príncipes revoltosos y díscolos del imperio. Duramente se condujo Carlos con las ciudades rendidas de la alta Alemania, no obstante

(1) «Nosotros, los de Ulm (le dijeron), conocemos el yerro en que hemos caído, y la ofensa que os hemos hecho, lo cual todo ha sido por culpa nuestra y de algunos que nos han engañado: mas juntamente conocemos, que no hay pecado, por grave que sea, que no alcance la misericordia de Dios, arrepiñtiéndose el pecador. Y por esto esperamos, que queriendo vos imitar á Dios, tendreis respeto á nuestro arrepentimiento, y nos recibiréis á vuestra misericordia. Y así, os pedimos por amor de la pasion de Cristo, hayais piedad de nosotros, y nos recibais en gracia, pues nos entregamos á vuestra voluntad, con determinacion de servirlos como buenos y leales vasallos, con las haciendas y la sangre, y con las vidas, como lo debemos á tan buen emperador.»

Con igual sumision le hablaron despues los de Augsburgo, y así las demás ciudades. La respuesta del emperador era otorgarles el perdón, sin perjuicio de las condiciones á que las sujetaba, que eran verdaderos castigos.

(2) Ribier, *Lettres et Memoires d'Etat*, etc.—Sleidan, *De Statu religionis*.—Camerar. *Belli Smalkaldici commentar.*—Hortens. *De Bello German.*—Avila y Zúñiga, *Comentarios sobre las guerras de Carlos V en 1546 y 1547.*—Luden, *Historia del pueblo aleman*, continuac.—Sandoval, *Historia del Emperador*, lib. XXVIII.—Robertson, *Hist. de Carlos V*, libro VIII.

las humildes súplicas con que se apresuraron á enviarle comisionados á implorar su perdón. Entre otros castigos que les impuso, fué uno el de las multas, por la necesidad que tenia de dinero. Ulm fué multada en cien mil escudos; Meiningen en cincuenta mil; en ochenta mil Francfort; Augsburgo en ciento cincuenta mil; las demás en una suma proporcionada á su riqueza, y solo el duque Ulrico de Wittemberg pagó trescientos mil escudos, despues de haber entregado todas sus plazas, y sin que le valiera el haberse arrodillado ante el emperador con todo su consejo. El elector y arzobispo de Colonia tuvo por prudente renunciar á su dignidad y señorío y retirarse á la vida privada y profesar en la soledad la religion reformista, antes que exponer su iglesia y Estado á las iras del emperador y del papa y á las desgracias de la guerra.

Hubiera Carlos V proseguido inmediatamente la campaña contra el elector de Sajonia, que habia recobrado las posesiones usurpadas por el duque Mauricio, si graves motivos no le hubieran detenido aquel invierno en Ulm. Traiale fatigado la gota de resultas de los trabajos de la guerra. Para economizar gastos habia despedido y enviado á Flandes el ejército del conde de Buren. Tenia ocupada mucha gente en guarnecer las plazas nuevamente conquistadas, y necesitaba cuidar del gobierno de las ciudades sometidas. Por otra parte, el papa, viendo que el emperador parecia haber cuidado mas del afianzamiento de su autoridad en el imperio que de la extirpacion de las herejías y del restablecimiento del culto católico; que nada le tocaba ni de las conquistas ni de las cuantiosas multas que habia cobrado, y recelando haber contribuido ya demasiado al engrandecimiento del emperador, y que tal vez pensara en oprimir la Italia despues de tener enteramente subyugada la Alemania, dió orden á su nieto Octavio para que se retirara con las tropas de la Iglesia, lo cual se ejecutó con no poco enojo de Carlos.

Tuvo, pues, que limitarse por entonces el emperador á enviar en socorro del duque Mauricio al marqués de Brandeburgo con una division de tres mil hombres, el cual se manejó tan torpemente, que en una batalla perdió casi todos sus soldados, y él mismo quedó prisionero del elector. A tener este mas actividad, hubiera podido apoderarse del mismo Mauricio; mas no era la energía su carácter, y tuvo todavía la debilidad de perder tiempo oyendo las proposiciones con que astutamente procuraba entretenerlo su mañoso adversario.

Paralizaba tambien á Carlos el cuidado en que le puso la famosa conspiracion que estalló por aquel tiempo en Génova (enero, 1547), promovida por Fieschi, conde de Lavagno, contra los Doria, el príncipe Andrés y su sobrino Joannetin; una de las conjuraciones mas misteriosas y mas terribles de que hablan las historias, que en una noche tenebrosa infundió el horror y el espanto en la ciudad y puso á dos dedos de un general trastorno la república, y que en aquella misma noche acabó con la muerte de Joannetin Doria y del conspirador Fieschi, aquel cosido á puñaladas por los conjurados, y este ahogado en el mar (3). Como el senado de Génova, apenas tranquilizada la ciudad y restablecido el orden, escribiese al emperador noticiándole el suceso y pidiéndole auxilio para atacar la fortaleza de Montobbio donde se habia refugiado Jerónimo Fieschi, hermano del conde, Carlos entró en cuidado, recelando que aquella conspiracion estuviese protegida por príncipes extranjeros; y como supiese que el duque de Parma, Pedro Luis, hijo del pontífice, no era extraño á ella, ya por enemistad á los Doria, ya por resentimiento que del mismo emperador tenia, sospechaba que el papa tampoco seria ajeno á aquella trama, y que tal vez se habrian todos concertado con el monarca francés para agitar la Italia de nuevo. Por esto, y por haber licenciado ya la mayor parte de sus tropas, no tenia por prudente moverse contra el elector de Sajonia, mientras no se cerciorara de que no estallaría en otra parte una revolucion que le distrajera las pocas fuerzas con que se habia quedado.

Mas tan pronto como de esto se aseguró, y luego que con la

(3) Pueden verse los curiosos pormenores de esta famosa conjuracion en Sigonio, *Vita Andreae Doria*, y en la *Conjuracion del conde de Fieschi*, por el cardenal de Retz.

venida de la primavera templaron los crudos rigores del invierno, no tardó Carlos en proseguir personalmente la guerra contra el de Sajonia, incorporándose con su hermano Fernando y con el duque Mauricio, que impacientes le aguardaban, y cuyo resultado veremos en otro capítulo.

CAPITULO XXVII

Triunfos del emperador.—El Concilio.—El Interim

DE 1547 Á 1548

Nueva confederacion contra Carlos V.—Enojo del emperador con el papa: trátale con dureza.—Traslacion del concilio de Trento á Bolonia con gran disgusto del emperador: proceder de este.—Prelados que quedaron en Trento.—Muerte de Francisco I de Francia.—Cómo juzgan á este monarca los franceses.—Marcha Carlos V contra el elector de Sajonia.—Pasa á nado el ejército imperial el Elba.—Batalla de Muhlberg.—Triunfo de Carlos y prision del elector.—Le condena á muerte y le perdona.—Tratado de Wittemberg.—Domina Carlos la Sajonia.—Visita el sepulcro de Lutero.—Marcha contra el landgrave de Hesse.—Ríndesele el landgrave y le pide perdón.—Le humilla y ultraja Carlos V.—Conducta del emperador en la alta Alemania.—Multas.—Toma mas de quinientos cañones y los distribuye en sus dominios.—Carlos en Bohemia.—Dieta de Augsburgo.—Horrible asesinato de Pedro Luis Farnesio, duque de Parma, hijo del papa.—Se da Plasencia á los imperiales.—Enojo del pontífice.—No halla quien le ayude á vengar la muerte de su hijo.—La Dieta de Augsburgo y el concilio de Trento.—Graves disidencias entre el papa y el emperador en lo relativo al concilio.—Insistencia de uno y otro.—Resolucion que toma Carlos V.—El *Interim*.—Efectos que produjo en Alemania.—Carlos V en Flandes.—Llama allá á su hijo Felipe.

Todo parecia anunciar que la cuestion religiosa que entonces ocupaba con preferencia la atencion del mundo estaba cerca de resolverse en favor del catolicismo, y por consecuencia, en conformidad á los deseos del pontífice, del emperador y de todos los amantes de la unidad de la Iglesia y del antiguo culto católico. La confederacion protestante del cuerpo germánico que tan imponente se habia presentado, habia sido vencida y deshecha por las armas imperiales y pontificias reunidas; casi todas las ciudades reformistas del imperio habian vuelto humildemente á la obediencia de Carlos V, el representante y el campeon de la causa católica, y solo le faltaba someter á los dos contumaces jefes de la liga, el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, y esto porque le detenian las causas en el anterior capítulo expresadas.

Y en tanto que los protestantes habian sido de esta manera derrotados y abatidos en la lucha material de los combates y batallas, en el terreno de las doctrinas y de la discusion el concilio de Trento habia continuado estableciendo los principios de la fe ortodoxa, y condenando en sus decisiones canónicas como herejías las nuevas doctrinas proclamadas por Lutero, Zwinglio, Calvino y demás apóstoles de la reforma. En las ocho sesiones celebradas por aquella venerable asamblea en 1546 y primeros meses de 1547 se habia designado los libros sagrados que la Iglesia admitia por auténticos, fijado las autoridades que constituyen el dogma católico, establecido la única doctrina que la Iglesia reconoce como verdadera sobre el pecado original, el libre albedrío, la predestinacion, los sacramentos en general, y otros importantes puntos dogmáticos, anatematizando en diversos cánones todo lo que en diverso sentido habian enseñado sobre estas materias los herejes antiguos y modernos; decretando además varias reformas en asuntos de disciplina y de costumbres, tales como la modificacion de exenciones y privilegios de las órdenes regulares, la jurisdiccion que sobre ellas habian de ejercer los obispos, residencia canónica, pluralidad de beneficios, y otros objetos de reforma que la pureza de la religion, la moral y la opinion pública reclamaban. Siendo, en verdad, no poco lamentable que así como en lo perteneciente al dogma se concordaban felizmente los padres del sínodo, no hubiera la misma dichosa conformidad en lo relativo á la reformacion de las costumbres, suscitándose muchas veces disidencias sensibles entre la mayoría de los obispos de una parte y los legados del papa y

algunos prelados de la otra, si bien venian á concertarse y convenir en prudentes transacciones (1).

Mas aunque todo parecia ir marchando á gusto del papa y del emperador y en contra de la causa y de los intentos de los protestantes, la situacion de Carlos V y aun la del mismo pontífice, estaban muy léjos de ser lisonjeras en marzo de 1547, cuando acababa de subyugar la alta Alemania y de someter á los confederados de Smalkalde; y no sin razon sospechaba él que en la misteriosa conjuracion de Génova hubieran entrado mas poderosos agentes de los que aparecian, y que fuese el preludio de otros mas graves planes. Sus mismos triunfos le habian perjudicado, provocando contra sí los celos y la envidia de sus rivales y antiguos enemigos. Francisco I de Francia se sintió otra vez vivamente atormentado por la envidia al ver las prosperidades y el engrandecimiento del poder de Carlos, y conservando hasta el fin de sus dias su inextinguible odio al emperador, envió emisarios á Alemania para reanimar á los protestantes; entabló correspondencia al mismo efecto con el landgrave y el elector de Sajonia; excitó de nuevo al gran sultan á que invadiera otra vez la Hungría; exhortó al papa á que reparase por un esfuerzo vigoroso la falta que habia cometido en contribuir tanto al acrecimiento del poder imperial; trabajó por inducir á los venecianos á que entraran en una confederacion general contra el emperador, representándole como un hombre que aspiraba á dominar y oprimir todo el mundo; avivó los resentimientos y quejas que el rey de Dinamarca tenia de Carlos, halagándole al propio tiempo con ofrecer la mano de la jóven reina de Escocia para su hijo; instigó á los que gobernaban la Inglaterra en la menor edad de Eduardo VI (2) á que tomaran parte en la causa comun y se declararan abiertamente en favor de los reformistas; reclutó tropas en la Suiza, y las levantaba y municionaba en sus reinos.

Constábase además á Carlos V, que el papa, pesaroso ya de haberle ayudado tanto, y no contento con haber hecho retirar sus tropas bruscamente y sin darle parte, se alegraba de las contrariedades que le promovía el rey Francisco, y el mismo le suscitaba cuantas podia, hasta negarle ya las rentas eclesiásticas de España que le habia concedido. Cuya conducta enojó tanto al emperador con el pontífice, que trataba con las expresiones mas duras, así á Su Santidad como á sus legados y nuncios, diciendo entre otras cosas, «que de allí en adelante

(1) Historia del concilio de Trento, por el cardenal Pallavicini.—Historia del mismo concilio, por Paolo Sarpi.—*Canones et decreta oecumenici Concilii Tridentini*, edicion estereotípica de Leipsick, 1842.—Mendham, *Memorias del concilio de Trento.*—Koellner, *De actis Concilii Tridentini.*

(2) Enrique VIII de Inglaterra habia muerto el 29 de enero de 1547, á los 37 años de edad y 38 de reinado.—«Nombre espantoso! dice de él un escritor al hacer un resumen de su biografía: ¡todos los caprichos del crimen sin freno encarnados en un déspota pedante y verdugo! Un reino trastornado, una religion mudada por un real decreto, porque los ojos de una dama de honor han agradado al campeon de la fe: seis mujeres sucesivamente arrojadas y maltratadas en su impuro lecho: Catalina de Aragon repudiada; Ana Bolena decapitada; Ana de Cleves afrentosamente despedida; Catalina Howart entregada al verdugo; los nombres mas ilustres, las virtudes mas brillantes, la anciana condesa de Salisbury, el cardenal Fischer, Tomás Moro, arrastrados al cadalso: setenta y dos mil hombres, papistas y luteranos, fueron arrojados á las llamas con una espantosa impasibilidad por el rey pontífice, el protector y jefe supremo de la iglesia anglicana!»

«Bajo el reinado de este príncipe, dicen en su Cronología histórica los autores del Arte de verificar las fechas, no hubo otra religion ni otras leyes en Inglaterra que su voluntad y su pasion... Jamás príncipe alguno fué mas absoluto; casi siempre costaba la vida al que se atrevia á oponerse á su voluntad. Se cuenta entre las personas sacrificadas á sus pasiones, dos reinas, dos cardenales, tres arzobispos, diez y ocho obispos, trece abades, quinientos priores, monjes y sacerdotes, catorce arcedianos, sesenta canónigos, mas de cincuenta doctores, doce duques, marqueses y condes, con sus hijos, veintinueve barones y caballeros, trescientos treinta y cinco nobles menos distinguidos, ciento veinticuatro ciudadanos y ciento diez damas de condicion. Todas estas personas, á excepcion de las dos reinas, fueron condenadas á muerte por haber desaprobadado el cisma, y los desórdenes del rey Enrique, aunque muchas veces les imputara crímenes para tener ocasion de hacerlas morir.»

Este inquisidor coronado de los protestantes no tenia por cierto que echar nada en cara al Torquemada de los españoles, antes le podia haber dado lecciones de crueldad, sin habérsele parecido en otras cualidades.

pensaba acatar á San Pedro, pero no al papa Paulo; «que así impedido como se veía, con un brazo gotoso y el otro sangrado, esperaba ir á acabar lo que le quedaba, y pues Su Santidad no le daba otra asistencia ni ayuda, en cuanto fuese á la jornada que pensaba hacer contra los protestantes, el nuncio y el legado irían en la primera fila para que diesen ejemplo á otros, y viesen el efecto que harían con sus bendiciones (1);» con otras frases ni mas reverentes ni menos duras.

Aumentó el disgusto y el enojo del emperador la novedad ocurrida en el concilio de Trento y la determinación del pontífice de trasladarlo á Bolonia. Tiempo hacia que Paulo deseaba llevar el concilio á una ciudad de Italia. Con arreglo, pues, á sus instrucciones, y con motivo de haberse difundido la voz de que reinaba en Trento una enfermedad epidémica, propusieron los legados pontificios en la sesión octava (11 de marzo de 1547), que se hiciera la traslación á Bolonia, lugar sano, cómodo y poco distante. Por mas que los obispos españoles se opusieron y protestaron, ya por no creer en el peligro del contagio, ya porque sabían el desagrado que había de causar al emperador, la traslación quedó decretada, y en su virtud se trasladaron á Bolonia treinta y ocho prelados, si bien permanecieron en Trento otros diez y ocho italianos y españoles, súbditos del emperador. La medida, en efecto, no solo desagradó, sino que irritó tanto á Carlos V, que en una audiencia que sobre ello tuvo con el nuncio de Su Santidad, se desató en ásperas reconvenções y en fuertes amenazas, hablando del pontífice con la acritud que hubiera podido hacerlo un protestante (2).

Otro grave disgusto vino en este tiempo á aumentar los cuidados del emperador, á saber, el levantamiento de la ciudad y el reino de Nápoles, producido por la resistencia tenaz de los napolitanos á admitir en su reino la Inquisición de España. Olvidado sin duda Carlos V de lo que en 1510 había acontecido en Nápoles cuando su abuelo el Rey Católico quiso establecer allí el Santo Oficio, habiendo tenido que desistir de su empeño por la violentísima oposición con que fué rechazado (3), había dado orden al virey de Nápoles don Pedro de Toledo, hombre generalmente aborrecido ya por su áspera condición y su tiránico proceder, para que instalase allí la Inquisición, tal como los Reyes Católicos la habían puesto en España. Por mas que el virey, no desconociendo el espíritu del pueblo intentó hacerlo con cierta maña y cautela, trasladóse su pensamiento, y el pueblo comenzó á alterarse, hasta el punto de protestar en alta voz y á gritos que antes se dejarían todos hacer pedazos que consentir la Inquisición en Nápoles. Tal fué la alteración, que con noticia que de ella tuvo el papa Paulo III expidió un breve declarando pertenecer al fuero eclesiástico y á la jurisdicción apostólica el conocimiento de las causas de herejía, y mandando al virey que se abstuviera de entrometarse en proceder contra los herejes por vía

(1) Carta del emperador á don Diego de Mendoza, fecha 17 de marzo de 1547. Archivo de Simancas, Negociado de Estado, legajo núm. 644.

(2) «Y tornando el Nuncio (le decía á don Diego de Mendoza, dándole cuenta de esta audiencia) á repetir otra vez que en todo caso mandásemos á los peralados que están en Trento que fuesen á Bolonia, por lo que tocaba á la autoridad del concilio y excusar el inconveniente que por ventura se podría causar de scisma, y pareciéndonos que lo había dicho de mala manera, le respondimos que no solamente á Bolonia si fuese menester, pero que á Roma los haríamos ir, y los acompañaríamos con nuestra propia persona por asegurarlos; alargándonos en decir y encarecer la no buena intención y acciones del papa, juzgadas de todo el mundo por ser ya tan manifiestas. Y queriendo sacar el dicho Nuncio, y preguntándonos que qué mal hacia el papa, no le respondimos otra cosa sino que hacia de bien ninguna cosa; á que dijo de presto: «¿lo menos atiende á vivir?» y Nos le respondimos que esto era la verdad, pues se sabía el estudio y cuidado que tenia de ello, y de engrandecer su casa y juntar dineros, y que por tener fin á esto, echaba atrás todo lo que tocaba á su oficio y dignidad; pero que Nos esperábamos en Dios, que aunque Su Santidad se deseara de esto y no quisiese ayudarnos, que él nos haría merced de enderezar y hacer lo que conviniese á su servicio, y aun por ventura mucho mejor de lo que Su Santidad querría... etc.»—Carta de S. M. á don Diego de Mendoza, fecha 25 de abril de 1547. Archivo de Simancas, Negociado de Estado, leg. 644, fol. 87.

(3) Véase la pág. 405 de este tomo.

de inquisición (4). Animáronse con esto los napolitanos; pero don Pedro de Toledo, que como dice un sabio español, «era mas noble que de buena condición,» porque no dijeran que se dejaba vencer del papa, llevó adelante su terquedad y procedió á nombrar inquisidores.

Después de muchas y muy agrias contestaciones y amenazas que esto produjo entre el pueblo y el virey, tumultuóse un día la población entera (enero, 1547), y agrupándose en la plaza, nobles y plebeyos juraron unirse y ayudarse para resistir el establecimiento del tribunal inquisitorial y todo lo que fuese contrario á sus libertades, depusieron al conservador y á los del consejo de la ciudad, y dieron el oficio de conservador al famoso médico Micer Juan de Sessa, hombre de gran prestigio en el pueblo. A vista de tan imponente actitud, el virey, que se hallaba en Puzol, halagó y aquietó mañosamente á los sublevados, asegurándoles y protestando que no se volvería á hablar mas de aquel negocio. Mas cuando observó que el pueblo descansaba ya confiado y tranquilo, mandó abrir proceso contra los promovedores del pasado disturbio. Otra vez se apoderó la inquietud de los ánimos. En esto aconteció que por delante de un grupo de cinco nobles mancebos pasó un cohete llevando preso un hombre que había sido criado del padre de uno de ellos, y como el conducido gritara: «Señores, que me llevan preso por la Inquisición,» los jóvenes se lanzaron sobre el alguacil, y le arrebataron el preso. Pero ellos á su vez fueron llevados á la cárcel por el regente de la vicaría. Noticioso de este hecho el virey, montó en cólera, partió apresuradamente de Puzol á Nápoles, y sin forma de proceso hizo ahorcar dentro de la prisión á tres de los jóvenes, que ninguno pasaba de diez y siete años, mandó arrojar sus cadáveres á la calle, y publicó un pregon ordenando que nadie fuera osado á enterrarlos ni recogerlos sin expresa licencia suya.

Proceder tan inhumano, imprudente y despótico (que al mismo emperador cuando lo supo pareció injustificable demasia) indignó á todos los habitantes de Nápoles, la ciudad se puso en armas, se tocaron las campanas de todas las iglesias, se paseó por las calles un crucifijo, obligando á cuantos se encontraba á jurar sobre el union para resistir al virey, se enarboló el estandarte imperial y se gritaba: «¡Viva el emperador, y muera el virey y los malos ministros!» Don Pedro de Toledo, cuya vida se vió muy en peligro, lejos de buscar un medio para ir templando el furor popular, mandó disparar contra el pueblo la artillería gruesa de los tres castillos, haciendo estrago grande en edificios y personas, y que de uno de ellos salieran los arcabuceros con orden de matar á cuantos encontraran con armas. Tres días seguidos duró la pelea y la matanza en las calles, hasta que cansados unos y otros, é intercediendo buenos medianeros, se asentó tregua por unos días prometiendo el virey no castigar á nadie hasta que se diese cuenta al emperador. El virey y la ciudad, cada cual por su parte, enviaron comisionados á Carlos V: entre los últimos iba el príncipe de Salerno. Pero antes que unos y otros regresaran, y sin respeto á la tregua, y sin género alguno de consideración ni de humanidad, volvieron á perseguirse y á acometerse napolitanos y españoles, degollándose unos á otros con bárbaro furor.

Llegaron en esto las tropas que el virey había pedido al duque de Florencia, y alzando al propio tiempo el destierro á todos los forajidos, «en un día entraron en Nápoles mas de cinco mil ladrones, homicidas y otros facinerosos.... No había hacienda segura, las calles amanecían llenas de cuerpos muertos.... (5).» Y la guerra que se siguió en las calles y dentro de cada casa de Nápoles entre habitantes, españoles, presidarios y soldados, es cosa que no puede ni leerse sin contarse sin horror. Días y noches pasaron unos y otros saqueando, incendiando y degollando á su vez (julio y agosto, 1547). La insurrección se extendió á las ciudades de Capua, Nola y Aversa, y á toda la Tierra de Labor. En esto regresaron los comisionados con cartas del emperador, en que declaraba ser su voluntad que los napolitanos dejaran las armas y obedeciesen al virey,

(4) Colección de Breves pontificios: Paulo III.

(5) Sandoval, lib. XXIX, par. 34.—Giann. Istor. di Napoli.

y trayendo un perdón general, con excepción de treinta personas que debían ser juzgadas y sufrir la pena á que las sentenciase el tribunal. Duro se les hizo á los napolitanos, que tanto aborrecían al virey, obedecer el bando en que se les mandaba entregar las armas y municiones dentro de tercero día. Pero la llegada de dos mil españoles al puerto los obligó á sucumbir mas pronto; los mas fueron haciendo su entrega; muchos huyeron de Nápoles, y quedó la ciudad medio des poblada. La infantería española salió á sujetar y castigar las demás poblaciones. Quedaba solo uno de los castillos de Nápoles, de que se habían apoderado los rebeldes, y que defendían con veinticinco piezas. Pero al fin se rindieron también, bajo el seguro que el virey les dió de que intercedería con Su Majestad Imperial, haciendo con ellos oficio de abogado mas que de juez. La ciudad fué multada en cien mil ducados, y se prohibió á los naturales del país en la circunferencia de cuarenta millas de Nápoles usar ni tener armas blancas ni de fuego de ninguna clase. Muchos desampararon aquella hermosa tierra huyendo el rigor de la dominación imperial, y algunos, como el príncipe de Salerno, se pasaron á Francia.

Cuando tales disgustos y cuidados aquejaban á Carlos V, impidiéndole dar cumplimiento remate á su empresa de Alemania, su buena estrella le deparó el mayor desahogo y respiro que pudiera desear, con la muerte de su incansable rival y perdurable enemigo Francisco I de Francia, á quien acabó de destruir una vergonzosa enfermedad, fruto de su licenciosa y desarreglada vida (30 de marzo, 1547), á los cincuenta y tres años de edad y cerca de treinta y tres de reinado (1).

Luego que el emperador tuvo noticia del fallecimiento del rey de Francia, y tan pronto como se vió libre de los cuidados é inquietudes que le estaba causando, emprendió sus operaciones contra el elector de Sajonia, se reunió al rey Fernando y al duque Mauricio que le esperaban sobre el Eger (15 de

(1) Entre tan diversos juicios, mas ó menos apasionados ó imparciales, como de este monarca se han hecho, nosotros nos limitaremos ahora á copiar algunos de los rasgos con que le dibujan los escritores de su mismo reino. «Francisco I (dice uno de ellos), no fué un grande hombre, pero alcanzó el título de gran rey. Este padre de las letras, que quiso romper todas las prensas de su reino, atrajo las mujeres á la corte. Esta corte literata, galante y militar, mezclaba con los amores las bélicas hazañas, y entonces tuvo principio el reinado de esas favoritas que fueron una de las calamidades de la antigua monarquía.»—«La edad, dice otro, apagó la sangre, las adversidades el espíritu, los azares el valor, y la monarquía desesperada no espera mas que deleites. Tal era el rey Francisco, herido por las damas en el alma y en el cuerpo: la pequeña banda de madama de Etampes gobierna. Alejandro ve las mujeres cuando no tiene negocios, Francisco ve los negocios cuando no tiene mujeres.»—«Así terminó, dice otro, su carrera con una muerte inmóvil, el príncipe, que nacido con brillantes cualidades, y aun con algunas virtudes, arruinó la Francia, causó la destrucción de muchas de sus provincias, enconó con suplicios las querellas religiosas, protegió algunos hombres de letras, pero ahogó toda libertad de discusión, proscribió aunque momentáneamente la imprenta, introdujo en la corte, y por un fatal ejemplo en el reino, el libertinaje y la deshonor de las mujeres.»—«Este príncipe, dice otro, fué indiscreto hasta la imprudencia, ligero, imprevisor, que hizo las mujeres de su corte objetos de escándalo, y cuyo fausto le costaba tanto como la guerra.»—«Mr. Roderer, dice otro, que ha compuesto sobre Francisco I una Memoria, acaso severa, pero muy concienzuda, ha notado con razon que el historiador (Anquetil), hablando del monarca, ha cometido el renuncio de olvidar la crápula que manchó la vida privada de su héroe, su falta de fe, sus hábitos despóticos, su espíritu perseguidor, su crueldad en la tiranía. ¿Por qué ha olvidado el desprecio de las leyes del Estado, probado con la degradación de los cuerpos políticos y judiciales, con la imposición arbitraria de impuestos sobre la propiedad, con la usurpación del tesoro público, la opresión de las conciencias... etc.?» Así juzgan generalmente los escritores franceses al rey caballero.

Hemos tomado indistintamente y al acaso estos trozos, de Tabannes, Pierre Mathieu, Anquetil, Roderer, Chateaubriand, Saint-Prosper, Du Bois, y otros de los que teníamos mas á la mano.—Con mas indulgencia que sus compatriotas, le juzga nuestro Sandoval cuando dice: «Era el rey Francisco agraciado en muchas cosas, y así representaba bien la dignidad real. Y como de su natural fuese alegre, cortés, humano y tratable, ganaba muchas voluntades, y principalmente por ser muy liberal en dar... Era amigo de holgar, dado á mujeres tan público, que sonaba mal... Gobernó bien, si no fué al principio, aunque cargó de muchos pechos sus reinos. Castigaba con rigor los herejes: ninguna culpa ni falta se le pudiera poner en esto, si no llamara los turcos en daño y escándalo de la cristiandad.» Libro XXVIII, pár. titimo.

abril, 1547), y juntos se pusieron en marcha hácia el Elba (2), donde se hallaban á los pocos días (22 de abril). Sorprendido mas de lo que debiera el elector, se apresuró á cortar el puente cerca de Meissen, y á llevar su ejército por la derecha del rio hasta las inmediaciones de Wittemberg, su capital, haciendo alto no lejos de la pequeña ciudad de Muhlberg. El rio tenia por aquella parte trescientos pasos de ancho (3), y el emperador andaba buscando un sitio por donde le pudiera atravesar. Presentóle en esto el duque de Alba un paisano á quien los sajones habían robado dos caballos, y deseoso de vengar esta acción ofrecía á los enemigos enseñarles un vado por donde podrían franquearle. Mauricio le prometió en recompensa otros dos caballos y cien coronas de oro. Con esto al día siguiente, á favor de una espesa niebla, algunas compañías de arcabuceros españoles se metieron arrojadamente en el Elba por la parte que el labriego les señalara, y como á pesar de ser un vado les llegara el agua hasta el pecho, muchos de ellos se despojaron de cuanto llevaban encima, y echándose á nadar con los sables apretados entre los dientes, ganaron unas barcas que los sajones habían empezado á incendiar y las llevaron al emperador. Cargáronse las barcas de arcabuceros que hicieron fuego al enemigo, mientras los jinetes llevando cada uno un peon á la grupa vadeaban el rio. El guia llevaba de la brida el caballo del emperador; Carlos empuñaba una jabalina y vestía un magnífico traje. La tropa iba entusiasmada, viendo al emperador participar de los peligros del último soldado. Seguíanle el rey Fernando, el duque Mauricio y el duque de Alba. Tan pronto como el emperador ganó la orilla opuesta se arrojó con los que habían pasado sobre los sajones sin esperar el resto de la infantería, marchando al combate con la confianza del triunfo.

Era domingo, y el elector se hallaba en el oficio divino en Muhlberg. Cuando le avisaron de que los imperiales pasaban el rio, y poco después de que el mismo emperador estaba tan cerca, no acertaba á creerlo, ni tuvo tiempo ya sino para seguir su ejército que se retiraba á Wittemberg. Alcanzaronle los imperiales en las landas de Lochau, y aunque no había llegado aun la artillería ni una parte de la gente de á pie, el duque de Alba aconsejó el ataque y el emperador le ordenó. Aquel día no se conoció que Carlos V padeciera en su salud. Montado en un soberbio alazan, llevando en la cabeza un casco dorado, al pecho una brillante coraza, y blandiendo una lanza con la diestra, recorría las filas y alentaba á sus guerreros, mas como un fogoso general que como el jefe y gobernador de un grande imperio. La victoria de aquel día fué una de las mas completas que alcanzó Carlos. Al decir de los mismos historiadores alemanes, la infantería sajona, bien que pelease con valor, se dejó envolver y acuchillar por la caballería imperial, al grito para ella terrible de *¡Hispania! ¡Hispania!* Cubrióse de cadáveres sajones una larga extension de terreno desde Kossdorf hasta Falkembourg. El mismo elector, que habiendo dejado el carruaje en que acostumbraba ir (porque apenas podia cabalgar), montó un caballo frison por ver de acelerar su fuga, fué alcanzado por la caballería ligera, y herido de un sablazo en la mejilla izquierda por un soldado húngaro. Aunque bañado el rostro en sangre, no queria rendirse; pero al fin se entregó á un caballero alemán de la hueste del duque Mauricio, el cual le presentó al duque de Alba, y este al emperador, que le recibió con aire severo y adusto.—*Generoso y clementísimo emperador*, le saludó el prisionero.—*¿Con que ahora soy, le interrumpió Carlos, vuestro emperador clementísimo? Mucho tiempo hacia que no me nombrabais así.—Soy el prisionero de Vuestra Majestad Imperial*, continuó el elector, *y espero se me respetará y tratará como príncipe.—Se os tratará como merecéis*, le contestó bruscamente Carlos, y le volvió la espalda. El rey de romanos le dijo palabras todavía mas ultrajantes, y el desgraciado prisionero siguió sin replicar la escolta que le condujo al campo del duque de Alba (4).

(2) El rio Albis, que dice nuestro Sandoval.

(3) No treinta, como dice por equivocación Robertson.

(4) *Descript. pugna Muhlberg*, ap. Scard.—Hortens, *De Bello german.*—Heuter. *Rer. Austriac.*, lib. XII.—Sleidan, *Historia de la Ref.*—Relación de la batalla de Muhlberg, por el obispo de Arras, testigo ocular.